

que Teresa sintió de pronto palpar su corazón y exhaló un doloroso suspiro.

Mayrault se volvió y vióla pálida y temblorosa. Arrojó su paleta, y acercándose á ella asustado, murmuró:

—Teresa ¿qué tiene usted?

Ella no respondió limitándose á designar con el dedo la imagen reproducida en la tela. El se sonrió, y bajando un tanto la cabeza:

—Sí. Es usted. Yo no sé cómo me ha ocurrido, no era tal mi propósito. Pero cuando he querido expresar la dulzura y la seducción de la juventud, su cara de usted se ha puesto obstinadamente ante mis ojos. No he podido substraerme á aquella deliciosa obsesión. La encarnación de la belleza espléndida y florida tal como la concebía mi fantasía, era usted y no podía ser nadie más. Yo hubiera sido incapaz de pintar otra cara, porque era la de usted la que se ofrecía á mis ojos. ¿Está usted contrariada y quiere que la borre? Si usted me lo manda, me resignaré á ello...

Y tendió la mano hacia la cuchilla; ella le detuvo, y con voz emocionada:

—¡Oh, no! ¡Sería lástima!

No se dijeron una palabra más, y permanecieron uno al lado del otro, en el silencio del taller, que el día moribundo llenaba de misterio, sentados, él fumando, ella soñando. Ya no pensaban como en los días precedentes, en ocultar la tela con objeto de que no la viera Mels. Poco á poco la obscuridad llenó

de sombras la espaciosa y alta pieza. Guardaban silencio, absortos en sus nuevos pensamientos. Unos pasos conocidos en la habitación inmediata, una tos seca que anunciaba á Mels, les hicieron levantarse llenos de turbación. Y no tuvieron tiempo de reparar el olvido, porque Mels entraba. Les vió en la penumbra y les dijo alegremente:

—¡Hola! ¿Por qué no alumbráis? Estáis á oscuras...

Volvió el conmutador eléctrico, y de repente, el boceto de sus discípulos se le apareció espléndido, radiante, en una atmósfera luminosa que hacía vibrar los tonos y chispear la frescura. Inmóvil, con la mirada fija, las cejas fruncidas, como si por fantástico prodigio se hallara frente á frente de su ensueño realizado, contemplaba el cuadro. Permaneció algunos minutos sin proferir palabra, y luego meneando la cabeza, dijo lentamente:

—¡Sí, es esto! Es exactamente la obra imaginada por mi cerebro tal como os la expliqué... Me habéis comprendido... Pero hay algo que retocar en la armonía de las medias tintas y en las relaciones de los tonos... Este encarnado, por ejemplo, es demasiado sólido al lado de este azul demasiado vivo... Y el movimiento de este niño carece de sencillez...

En un instante, recobró su autoridad. Y fué haciendo la crítica del trabajo de Teresa y

Mayrault que estaban estupefactos, substituyendo con las observaciones de su experiencia los rasgos felices de su improvisación. La obra le pertenecía; sin vacilar la hizo suya, y con egoísta inconciencia, disponía de ella, como de cosa propia. Terminó su lección con estas palabras:

—Os habéis anticipado en la ejecución de lo que yo buscaba. Está muy bien. Nos aprovecharemos de vuestra preparación y mañana volveremos á ocuparnos en este trabajo.

Y los dos jóvenes, con afectuosa deferencia, felices por ver que su maestro volvía á recobrar su fe y su esperanza, se sometieron y condescendieron á su voluntad. ¿Qué importaba á su amor propio que Mels pusiera la mano en su obra? ¿No era esto lo que ellos deseaban? ¿No fué para iluminar el criterio del viejo artista por lo que se conjuraron y realizaron su proyecto? ¿Y qué molestia podía causarles el buen resultado obtenido? Su generoso y fraternal propósito triunfaba. Debían felicitarse por ello.

Y es lo que hicieron en la completa sinceridad de su afecto. En cuanto á Mels, al cabo de una semana, el boceto era su boceto. Hizo, con mano experta, aunque algo pesada, algunos retoques que no perjudicaron el conjunto. Y con entera conciencia, mostraba su proyecto á los amigos, á los colegas, y admitía sin parpadear las felicitaciones que le dirigían.

En este estado de cosas pensaba Teresa mientras la hermosa condesa de Terrenoire se sonreía aún por su pérfida confianza. La joven señora miraba por el rabillo del ojo á la señorita Aufridi. Por la palidez de su semblante, adivinaba la angustia de su corazón. Y la mano temblorosa de la artista, posándose en toques nerviosos sobre la cara que reproducía en la tela, revelaba su agitación.

—Así, pues, ¿no lee usted los periódicos, señorita Aufridi?—preguntó después de largo silencio la señora de Terrenoire.

—No, con frecuencia, señora, lo confieso. Me interesan bastante poco.

—Si hubiese leído usted, por casualidad, el *Cascabel*, estaría al corriente ya de lo que sucede en las oficinas de Bellas Artes á propósito del concurso que tanto la preocupa...

No tuvo tiempo de terminar la frase. Celia Bazin, escoltada por un sucio é innoble perro barbudo, entraba en el estudio.

—Aquí está la señorita Bazin que trae noticias frescas.

Celia saludó á la joven señora y besó á Teresa, mientras que su perro, desvergonzada y tranquilamente saltaba sobre el diván y se sentaba encima de la manteleta de raso bordado de la elegante condesa.

—¡Anarco, quítate de ahí, feo vagabundo!—gritó Celia con un gesto de amenaza.

El barbudo, con los ojos que brillaban entre sus enmarañados pelos, lanzó un ladrido

burlón y con un suspiro de felicidad se acostó en redondo, afirmando su resolución de reparar con un corto sueño el cansancio del paseo.

—Déjele, señorita Bazin—dijo sonriendo la condesa,—mi abrigo no peligra. Y además, hay que acostumbrarse al reparto de los revolucionarios... Su perro es uno de ellos, si no me engaño respecto á la significación del nombre que le ha puesto...

—Sí, señora. Anarco es un libertario, ya ve usted el caso que hace de mis mandatos... Este monstruo, que recogí en medio de la calle, cuando unos muchachos se preparaban á extrangularle con una cuerda mientras los mayores le maltrataban á garrotazos, tiene los más voluptuosos instintos. Sólo gusta de las buenas tajadas y de camas blandas. Por lo demás, tiene una inteligencia superior; comprende todo lo que se le dice, pero sólo hace lo que quiere. Es holgazán, vicioso, ladrón, insolente é hipócrita. Parece un hombre... Pero delante de él, que nadie se atreva á tocarme con la punta de los dedos, si no quiere sentir sus dientes en la piel. En esto se distingue de la humanidad: ¡es fiel y agradecido! Tengo en mi casa su retrato pintado por Mayrault, que es una obra maestra.

La señora de Terrenoire frunció los labios.

—¡Qué afortunado es su perro, señorita! No todos los que lo desean pueden obtener semejante favor. Mi cuñada, la marquesa de

Valencourt, no ha podido decidir al joven maestro.

—¡Me dijo que le parecía demasiado fea!— exclamó Celia.

Así que hubo lanzado la palabra, Celia se arrepintió. La condesa y Teresa se ruborizaron á un tiempo.

—¡Tiene usted una manera de arregiar las cosas! exclamó la condesa levantándose y bajando del estrado hacia el caballete que sostenía la tela en la que Teresa estaba trabajando todavía.

Detúvose detrás de la artista, examinó silenciosamente el retrato, consideró su mérito, y después con un gesto de aprobación:

—Por lo demás, no puedo lamentarme, puesto que la señorita Aufridi ha sido más complaciente, ó menos tímida y me ha hecho un retrato muy notable...

—Sí—dijo Celia, es un retrato afortunado. Existe un destino para las obras literarias, según dijo el poeta... Pero también 'o hay para las obras artísticas. Ciertos libros, ciertos cuadros nacen bajo buena estrella... Salen bien, en seguida, sin dificultad. Son siempre los mejores... Su retrato, señora, pertenece á esta clase.

—Gracias al pintor.

—Seamos justos; ¡el modelo ha contribuído en buena parte!

—Y diga usted, señora Aufridi ¿no me ha encontrado usted bastante guapa?

—¡Oh! señora,—dijo Celia con imperceptible sonrisa,—si lo hubiese pensado, en todo caso, ella no se lo habría dicho.

La condesa cambió de conversación y mirando á la literata con aire malicioso:

—Estoy segura que viene usted cargada de palpitantes noticias... ¿Qué ocurre? ¿Qué se dice? Entérenos usted.

—Ocurren cosas que no son muy agradables, y se habla de resoluciones que no son muy plausibles... El veredicto del concurso para el Palacio será aplazado para de aquí á ocho días.

—¿Por qué esa dilación?

—Para tener tiempo de maniobrar.

—Maniobrar ¿con qué objeto?

—¡Ah! esto es lo que no se dice. Pero lo que se deja sospechar es...

—¿Qué?

—Que es imposible no conceder el premio á Mels. Y que toda una camarilla oficial no quiere que se le otorgue...

—¿Qué tiene que hacer el mundo oficial en este asunto?

—Motivos políticos. Mels es un reaccionario recalcitrante. Está en relación con los príncipes.

—¡Pretextos!

—Puede ser. Pero la prensa está en movimiento. Y hoy es el poder supremo, no lo ignoran ustedes. El *Cascabel* esta mañana trata al ministro de Bellas Artes de *polichi-*

nela tolosano y de *payaso de Gascuña*. Deja comprender que la duquesa de B... ha tenido á la mesa, hace tres días, á todos los jurados del concurso, y que durante el banquete se resolvió la elección de Mels. En fin, declara que el boceto no es obra del *viejo académico* que la ha firmado, sino de uno de los más notables pintores de la moderna escuela, discípulo suyo. Y acaba preguntando si la opinión pública permitirá ese escandaloso tráfico y consagrará eternamente el triunfo de la *senilidad en el arte*. El ministro, muy molesto, ha pedido que el juicio se aplazara por ocho días.

—Ya ve usted, señorita Aufridi,—dijo la condesa—que estaba bien informada...

—¡Es una infamia!

—Y no será una sola.

—¿Pero, en qué situación se encontrará Mels?

—¡Y Mayrault!

—¡Oh! En cuanto á Mayrault la cosa es muy sencilla. Bastará con que se calle. Si fuera hombre capaz de segar la hierba por debajo los pies de su maestro, podría preocuparnos. Pero el leal y cariñoso Mayrault obrará sin rodeos. No es tan simple la cosa en cuanto á Mels, por ser el que está puesto directamente en juego. ¡Cuántas dificultades para él! ¡Y cuántas tristezas! ¡Ah! ¡qué fea es la humanidad y qué mal se arreglan las cosas de la vida! ¡Habría que encerrarse en

una torre y no ver más que el cielo y la página en blanco donde uno escribe sus pensamientos!

Mientras Celia Bazin lanzaba este último apóstrofe se abrió la puerta y apareció Ténéran.

—¡Ah! ¡Aquí tenemos al filósofo! ¿Qué opina de todo esto?

El viejo literato se acercó á la señora de Terrenoire á quien saludó con deferencia admirativa, dió la mano á Teresa y á Celia, y sin descomponerse:

—¿Hablan ustedes, naturalmente, del asunto de Mels? ¡Y bien! ¿Qué es lo que les sorprende?

—¡El exceso de maldad!

—¿El exceso? ¿Puede acaso haber maldad excesiva? La maldad es sin condiciones, sin reglas y sin límites. No conoce ni el más ni el menos. ¡Es lo absoluto! Y precisamente es la única cosa que sea así. Se es más ó menos embustero, más ó menos cobarde, más ó menos glotón, más ó menos hipócrita, más ó menos avaro. Cuando uno es malo lo es hasta el fondo, y según las circunstancias, llega á ser capaz de todo. Se sorprenden ustedes de las infamias que se preparan á Mels. Pues bien, la cosa es muy natural y no podía ocurrir de otro modo.

—¡Hola! ¡Ya tenemos planteada la paradoja! Oigamos el desarrollo.

—Celia, amiga mía, usted me asombra. Us-

ted ama demasiado á las bestias para no despreciar profundamente á los hombres. ¿Y se hace la sorprendida porque se trata de hacer pagar á un hombre célebre y rico su riqueza y su celebridad? ¿De dónde sale usted hija mía, con tanta ingenuidad ó con tanta inexperiencia? ¿No se ha fijado usted aún en lo que pasa á su alrededor? La envidia es la ley del mundo. Y en nuestro pequeño mundo literario y artístico, la consigna es la de cortar las piernas á todos los audaces que se atreven á elevarse por encima del nivel común. ¡La igualdad ante la medianía, esto es lo que conviene! Pero tú, poeta, que quieres llamar la pública atención con el esplendor de tus rimas de oro, tú que has tenido la audacia de crear una obra admirable, que se destaca sobre la masa gris de la producción general; tú, novelista, que no te has contentado con el curso vulgar de las publicaciones que relatan los adulterios mundanos, que enumeran los escaparates de las tiendas, y que describen los salones en los que se habla de amor y se toma el té á las cinco; tú que has tenido la pretensión de hacer obra social, estudiando los grandes problemas, que interesan al progreso de la humanidad; tú, dramaturgo, que no te satisfaces con el limitado horizonte del teatro rojo, que tienes horror á la obra invertida, que has construido una comedia sólida, repleta de profundas ideas, llena de interesantes peripecias que conmueven á la mul-

titud y la exaltan durante doscientas noches; tú, pintor ó escultor, que has soñado una obra que rompe con la tradición y aporta una nota y una forma nuevas, que todo cuanto se expone á tu lado parece rancio y viejo, tú que has renovado el arte bebiendo en su manantial que es la invención eterna: ¿ignoráis que todos vosotros sois unos grandes culpables? Nadie tiene el derecho de ser original, ni poderoso, ni genial, sin exponerse á servir de blanco y á ser lapidado por todo lo que es vulgar, mediocre y bajo. ¡La gloria es un crimen, la fortuna es un crimen, el genio es un crimen! ¡Así lo decreta la envidia, y así lo confirma la maldad humana! Mels es rico, ilustre, dichoso... pues se empeñan en envenenarle y en zaherirle. ¿Hay nada más corriente? Casi me atrevería á decir que reside en las costumbres. Y cuando nuestro amigo es víctima de la más inicua maquinación, de la más soez intriga, de la más degradante perfidia, encuentro la explicación muy sencilla. Cosas de los hombres ¿no es cierto?

Hubo un momento de silencio. La diatriba social lanzada por Ténérán había ocasionado un ligero malestar á los oyentes. Acababa de precisar, con singular energía, lo que estaba en la conciencia de todos. Con algunas frases había sintetizado la truhanería ambiente. Teníanla allí, bajo sus ojos, palpitante y asquerosa. La figura de Mels, en medio de aquellas

fealdades morales se erguía más alta y más pura. Desaparecían sus defectos y sólo subsistían sus cualidades nobles y dignas. Parecía que Ténérán hubiese redimido á su amigo de las pequeñas faltas que tuviera y que no quedaba de Mels más que lo bello y lo grande. Fué un verdadero consuelo.

—Esto levanta el espíritu,—observó Celia. Pero de que la truhanería sea la ley de la humanidad no hay que deducir que sus víctimas sean menos dignas de ser compadecidas. Esto no es más que una explicación, pero no es una solución. Hay que ver lo que puede hacerse y tratar de sacar el partido más práctico de la situación. Empecemos por la cabeza. ¿Qué hará el ministro?

—Lo que querrán las secciones.

—¿Y qué querrán las secciones?

—¡Ah! aquí está el embrollo. Ante todo hay un deseo general de mantener la paz, para que no se turbe la tranquilidad ni las costumbres de los funcionarios. Bien sentado esto, empiezan á manifestarse las preferencias de unos y otros. Y aquí empieza la anarquía. Los unos son reaccionarios, los otros revolucionarios. Los viejos se declaran á favor de la escuela clásica, los jóvenes por la facción intransigente. Por un lado la Academia; enfrente la descendencia de Manet. ¿Ven ustedes en esto la posibilidad de un acuerdo y que la paz tenga probalidades de reinar? Todo se lleva á sangre y fuego. Los reacciona-

rios reclaman la observancia de los precedentes. Los revolucionarios responden pidiendo la cabeza de los miembros del Instituto y la abolición del concurso de Roma. Así es que el ministro, en vista de tantas incoherencias, se escuda, atribulado, en los jefes de sección, y estos, ciegos y sordos, en sus expedientes. Y el gobierno, que teme una interpelación en la Cámara, está dispuesto á todas las concesiones y á todas las debilidades con tal de que no le atormenten. De ahí el abandono de Mels y las además bochornosas capitulaciones que han previsto ustedes. Las cosas están en este punto. En cuanto á lo que sucederá es asunto aparte. Y me propongo desarrollarlo mañana en mi diario. Ya que en las oficinas se teme el ruido, nos van á oír los sordos. ¡Yo sólo me encargo de vociferar por ciento!

La señora de Terrenoire entró en una habitación inmediata al taller, y se desnudó rápidamente de su traje de ceremonia. Pocos instantes después volvió á aparecer vestida con un elegante traje *tailleur* que modelaba perfectamente su delicado talle.

—No sé lo que nuestro ilustre amigo puede temer ó esperar con certeza,—dijo á Teresa.—Yo me he limitado á traerle las noticias recogidas entre mis íntimas relaciones. Mi objeto no era otro que el de serles útil. Si en algo puedo servirles, no olvide usted que es-

toy completamente á sus órdenes y á las de Mels. ¿Cuándo nos volveremos á ver?

—No corre prisa. Por algunos días puedo trabajar en el traje. ¿Quiere usted que la escriba, cuando sea necesario que reanudem las sesiones?

—Conformes. Hasta la vista, querida. Y ustedes, señorita Bazin y señor Ténéran, ya saben cuánto celebró la ocasión de haberles visto.

Sonrió, y con gracioso continente atravesó la puerta del taller acompañada por Teresa. Apenas hubo desaparecido:

—¡Qué calamidad!—dijo Celia.—¡Aquí la tiene usted, á esa hermosa reina de los salones, en la plenitud de su belleza, bajo la que oculta su ferocidad y su disimulación! Repare qué bien la ha representado Teresa con su cabecita de víbora, de ojos brillantes, y erguida en su flexible y largo cuello... ¡Ah! ¡Cómo la ha comprendido!...

—Pero ¿qué ha hecho esa encantadora mujer?—preguntó Ténéran con indulgente sonrisa.

—¡Casi nada! Odia á Teresa...

—¿Por qué?

—¡Por culpa de Mayrault!

—¿Y qué tiene que ver Mayrault con esto?

—¡Nada! De esto rabia la hermosa condesa.

—¿Se ha encaprichado acaso por nuestro discípulo?

—Usted lo ha dicho.

—¡Qué tontas son las mujeres!

—¡Gracias!

—Ahora comprendo por qué la hermosa dama quería que el joven maestro pintara su retrato.

—Ya sabe usted por qué

—Y ese estúpido ha rehusado el encargo...

—¡Y lo demás!

—¡Tanto dirá usted!

—¿Hasta ahora no empieza á comprender? ¡Es curioso! ¡Qué difícil le es hoy coordinar las ideas!

—¡Ah! Es que las complicaciones pasionales ofrecen tan poco interés para mí, que las descuido de buen grado.

—¿Sí? Pues, sin embargo, son las más importantes de la vida...

—¿Por lo que descomponen la armonía y la conducta?

—Naturalmente.

—Entonces estamos de acuerdo. ¿Así es que esa boba odia á Teresa por haberle hecho esta obra maestra que Mayrault no quiso hacer?

—Precisamente. Y además hay otra cosa.

—¿Qué?

—No me es lícito decírselo.

—¡Ordinariamente no gasta usted tantos escrúpulos! Es usted célebre en lo de sacar los pies del plato...

—Hay casos en los que no me sucede nunca... ¡Silencio! Aquí está Teresa.

La joven entraba con un telegrama en la mano.

—Mels acaba de avisarme que no comerá en casa esta noche... Me dice que le envíe su frac al casino... Hace al menos dos meses que no había ocurrido... Por mi parte, me gusta que se quede con sus amigos... Así se distraerá. Las soledad no le conviene cuando está inquieto...

—¿Y tú, Teresa, que vas á hacer? ¿Te vienes á comer conmigo?

—No, gracias. Todo está dispuesto aquí... Entretanto se quitó el delantal.

—¿Vas á salir?

—Sí, voy á ver á Mayrault. Tal vez sepa noticias exactas. Y además, tengo necesidad de hablar con él.

—Pues bien, te espero. Te acompañaré hasta su casa...

—Te lo agradezco.

Y salió del estudio. Ténéran, plantado delante del retrato de la señora Terrenoire, parecía sumergido en un estudio profundo de la obra de Teresa. Lió un cigarrillo, lo encendió, exhaló varias bocanadas, y dijo:

—¡Es verdaderamente curioso! Esta muchacha ha hecho una completa evolución. Ya no está bajo la absoluta influencia de Mels... Ahora pinta como Mayrault... ¡Cómo le ha servido el trabajar á su lado!... El talento de

las mujeres, salvo muy raras excepciones, está hecho para la asimilación... Estudie usted á Jorge Sand... Pueden distinguirse, en su carrera literaria, las sucesivas modificaciones de su estilo, y la diversidad de sus tendencias, según los hombres á cuyo lado vivió... Fíjese en Teresa... Ha abandonado los artificios de Mels... La combinación de los tonos, la sabia superposición de las luces, todo el arte un si es no es rebuscado del maestro ha sido olvidado. Y hallamos en cambio el toque franco de Mayrault, la fluidez de sus grises, y la transparencia de sus fondos... ¡Ah! Teresa, si hubiese usted inventado esas fórmulas, sería una artista admirable... ¡Y no es más que una aprovechadísima discípula!...

—¿Entonces, para usted, este hermoso retrato es pura imitación?

—Ha sido visto á través de Mayrault...

—Pues oiga, Ténéran, dígamelo usted á mí, pues en ello no hay inconveniente ninguno, pero no se le ocurra decírselo á nadie, ni siquiera á Mels... Y mucho menos á Teresa.

Ténéran-hubiera interrogado de buena gana á Celia. Pero Teresa volvía con el sombrero puesto, y se marcharon juntos.



IV

En su taller de la calle Lamarck, en la cumbre de la colina de Montmartre, Mayrault, después de terminar su trabajo, se había tendido en un cómodo diván y fumaba fantaseando. Una tela de tres metros de altura por cinco de ancho ocupaba toda la pared del fondo de la vasta pieza. Era la hermosa composición *El arte moderno*, que le había encargado el Estado para ser reproducida por la fábrica de los Gobelinos. Mayrault había agrupado los maestros contemporáneos con gusto espiritual y delicado: pintores, músicos, escultores, poetas; y había puesto por fondo á aquella fraternal reunión el hermoso jardín de su casa, con el panorama de París en último término. La impresión era plácida, poética, luminosa y simpática.

La mirada, sorprendida de pronto por el realismo manifiesto de los trajes y los acce-